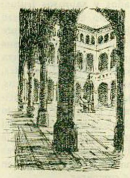
BIBLIOTECA MARCEL·LÍ DOMINGO
Recull de premsa local i comarcal



El Turismo en TORTOSA

por J. S. ANDREU

Pocas son las ciudades y comarcas españolas que reúnen en sí todos los encantos y bellezas, gloriosos monumentos y gestas heroicas que forman el hermoso conglomerado, el precioso mosaico, la rica variedad de tonos y la inigualable hermosura de la comarca tortosina, fruto de la diversidad de culturas y razas que han hollado su suelo en el transcurso de los tiempos.

Hállanse en sus inmediaciones, restos paleolíticos y neolíticos, pinturas rupestres y poblados ibéricos que, con mudo lenguaje, nos dicen algo sobre los primeros pobladores; restos griegos, hebreos y romanos que ya nos dicen bastante sobre la historia escrita; los godos dejan también sus improntas en los muros catedralicios; los árabes, además del inexpugnable Castillo de la Zuda, nos han legado muchas de sus costumbres, conservadas fielmente por el elemento payés o labrador, en su modo de vestir, de cantar, de trabajar las tierras y algunas otras no menos interesantes, que omitimos en gracia a la brevedad del presente escrito.

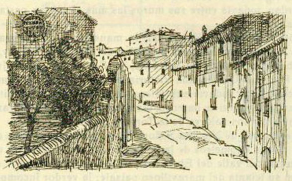
Después de la reconquista de la ciudad por las huestes de Ramón Berenguer IV en 1148, se inicia un período de esplendor que culmina con la construcción del Colegio de San Luis, preciosa joya del Renacimiento, erigido por Carlos I, para la educación de jóvenes moriscos convertidos a la religión católica en 1544. En esta época, siglos XII al XVI, se construyen la mayoría de edificios ornamentales que guardan todavía entre sus muros las más gloriosas gestas de nuestra historia patria.

La Catedral, el Palacio Episcopal, la mansión de los Guzman de Villoria, del Caballero Despuig, del Marqués de Bellet, del Barón de Purroy, de la noble familia de Abaria, el Colegio de San Luis, los Conventos de San Juan, de Santa Clara y de la Purísima Concepción Victoria, etc., y por citar únicamente algunas de las edificaciones que todavía subsisten, verdaderas joyas arquitectónicas del arte de la Edad Media; gótico, barroco, plateresco, auténticas filigranas de piedra, constituyen los genuinos valores de la Tortosa medieval.

Desde el ermitorio de Nuestra Señora de la Providencia, más conocido por «Mig Camí», a tres kilómetros de la población, puede el visitante contemplar la hermosura sin par del valle del Ebro, con sus inmensos campos de olivos que se pierden allá en su lejanía del maravilloso paisaje; la verdor incomparable de sus ubérrimas huertas junto al Padre Ebro y llenas de dorados y sabrosos frutos; más abajo, siguiendo el curso del río, se llega hasta el mismo delta, verdadero mar de verdor con sus campos de arrozales; y mirando hacia poniente, la ingente mole del Monte Caro, el macizo más oriental de la Cordillera Ibérica, con sus 1.439 metros sobre el nivel del mar y refugio de la «Capra hispánica», la pieza de caza mayor más codiciada por los amantes del deporte cinegético; jabalíes, tejones, águilas reales y gran diversidad de aves, pueblan sus inaccesibles picos, toscamente recortados por la erosión de los vientos y las nieves; pinares y encinares, fuentes y arroyos de claras y límpidas aguas, forman el agreste conjunto de los Puertos, Mola de Catí y el Monte Caro; pero el verdadero paraíso del cazador se halla en las proximidades de la desembocadura del río Ebro, en la Isla de Buda que forma el Cabo de Tortosa, donde es tal la abundancia de aves acuáticas, de todas las especies autóctonas y de paso, que difícilmente existe en nuestra península otro lugar que se le pueda ligeramente comparar.

Pero todas estas maravillas que Dios puso sobre esta comarca, todas estas bellezas, las hemos venido guardando celosamente para nosotros; no somos los tortosinos amigos de exhibiciones, nos gusta disfrutar de lo nuestro y sólo para nosotros, pero hoy día, las corrientes turísticas, que todo lo invaden en su afán de contemplar las bellezas naturales del paisaje y los tesoros del arte que encierran muchas de las poblaciones hispanas, empiezan a darse cuenta de que Tortosa reúne en grado superlativo toda la belleza, todo el arte, toda la historia, todo lo que se precisa para ser un gran centro de atracción turística, que por sus indiscutibles mèritos le corresponde.

Faltan solamente unos ligeros detalles, falta además que estos deseos y anhelos que nos animan, hallen el debido eco en los organismos afectados, más o menos directamente, para que en breve plazo consigamos alcanzar la meta propuesta, lo que podríamos llamar la puesta en marcha, para que el turismo, tanto nacional como extranjero, se dé cuenta de lo que nos decía un visitante francés, días pasados: «Tortosa es una ciudad llena de encantos y poesía, es preciso estar ocho días visitando sus monumentos y sus tortuosas y empinadas calles, saboreando las delicias de su clima incomparable y la noble hospitalidad de sus habitantes, para comprender cosas, que en el curso de mis viajes por Europa no he encontrado jamás».



Font: biblioteca.tortosa.cat